

do. Era yo uno de los componentes de una comisión manchega. En esta ocasión Franco nos dió la mano uno a uno a cuantos le visitamos. El mismo señorío, su empaque, auténtica naturaleza desbordantes de hombre de bien, la ejemplar serenidad de rostro, gestos y actitudes. Los mismos principios sustanciales en verdades irrevocables de su ideario personal, político y castrense. Una vez más nos habló de sus inolvidables caídos, de sus colaboradores en sangre, sacrificios y entrega. Diríase era esta la lección de siempre. Vivió los tres franciscanismos de España. Como Cisneros abogó por la cultura, la expansión universitaria, la preparación auténtica y moral. Cual Borja el Duque

de Gandía, no sirvió más que al señor que no podía morir-sele, superditanto en todo caso lo material a lo espiritual. Y como otro ajvier, con una impaciencia de eternidad, con hambre y sed de Dios, dejó ese maravilloso testamento pidiendo perdón para cerrar sus ojos y callar sus labios. mirando al Altísimo y nombrando a España.

Hombre siempre. Bien puede aplicarse las palabras de Fernancaballero: «Lo justo antes de ser generoso: pero ser humano antes de ser justo».

Por esto en vida y muerte con sus soldados. Después en sus cuarteles y hoy en Cuel-

gamuros, precisamente en el Valle de los Caídos, a la sombra de esa grey que no habla de izquierdas ni de derechas, con todos ellos unidos en tierra de amor y de patria, ya que como exclamó el poeta «por justos y pecadores muere Cristo en la Cruz».

Con todos ellos, todos, todos, espera el gran día de la resurrección bajo la losa de duro granita, como su fe, su patriotismo y su españolidad: un sencillo epitafio reza: Francisco Franco. Y nada más. Lector si no me crees, ve a la Basílica, piensa ante sus piedras y reza contemplando la imagen de Cristo, engreída sobre la fosa que oculta sus despojos.



S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, en el momento de depositar su voto en las elecciones municipales por el tercio de cabezas de familia.